

EL GATO NEGRO

Nunca he creído en supersticiones. No soy de esas personas que creen que hay un destino fijado desde el día en el que naces, no, yo soy de los que pienso que la vida tenemos que trabajarla cada uno día a día, paso a paso... O eso pensaba hasta esa noche.

Llegué del viaje de fin de curso, a eso de las diez de la noche, veníamos en avión desde Barcelona hasta Sevilla, y desde allí en autocar hasta Huelva, donde vivo. El autobús nos dejó en pleno centro de la ciudad, a todo el mundo lo esperaba su familia... menos a mí. Mi padre trabajaba en el extranjero y mi madre estaba haciendo un curso en un pueblo de Jaén. Así que, cogí mi maleta, me colgué la mochila que llevaba como equipaje de mano y empecé a andar la avenida, la larga y oscura avenida que me separa de mi casa.

Era una fría noche para estar en mayo y apenas había nadie en la calle debido a que al día siguiente todo el mundo trabajaba. Una densa niebla no me dejaba ver más allá de donde andaba y la humedad me impedía respirar con normalidad. Pensando el largo trayecto, encendí mi Ipod y me dispuse a dejarme llevar por cualquier canción pegadiza que acelerara mis pasos.

Cuando llevaba unos diez minutos andando el Ipod me avisó de que tenía poca batería y como tampoco me apetecía mucho escuchar música lo apagué y la guardé en la mochila. De pronto, un maullido rompió el silencio de la noche. Llevé mi vista hacía el sitio de donde provenía el ruido pero un pude ver nada debido a la niebla. Me acordé de mi gata, hacía una semana que no la veía, estaría acostada en mi cama como siempre...

De repente el mismo maullido. Pero esta vez pude ver el gato negro del que procedía, que me miraba y que cruzó por delante de mí hasta esconderse detrás de un contenedor en un callejón. Pensé que para mucha gente supersticiosa eso era un mal signo, pero yo solo me reí y continué andando.

De camino a casa, más maullidos. La cosa empezó a inquietarme, aunque no veía entonces a ningún gato. Pensé que serían imaginaciones mías, pero aquello era muy real para serlo.

Por fin, después de cuarenta y cinco minutos andando, llegué a mi casa. Solté las maletas y me fui a la cocina a hacerme algo para cenar, ya que no comía desde las tres de la tarde. Mientras me freía una hamburguesa vi a través de la ventana una sombra correr por el muro que separa mi patio del de la vecina. Supuse que sería el gato de la vecina. Cené y me fui a la cama después de un largo día de viaje y pensé en lo genial que me lo había pasado en Barcelona. Cuando me estaba quedando dormido, un maullido resonó en toda la casa. Pensando que sería mi gata peleándose con cualquier otro gato callejero bajé dispuesto a ayudarla a defender nuestro territorio. Llegué al salón y vi a mi gata sentada en el sofá mirándome. Fui a cerrar la ventana y al darme la vuelta mi gata ya no estaba. Tan silenciosa como siempre. Subí de nuevo las escaleras que me

separaban de mi cama, cuando encendí la luz de mi cuarto, sentada en mi cama, estaba mi gata mirándome. Le di la espalda y abrí el armario para ponerme cualquier camiseta vieja para dormir. Cuando volví a mirar a mi gata, no estaba. En su lugar, había un enorme gato negro que me miró y me dijo:

_ Llevo toda la noche buscándote, ha llegado tú hora, acompáñame.
De un salto, se abalanzó sobre mi cara; deje de ver.

Lo último que recuerdo, antes de perder la conciencia para siempre, fue un pensamiento que cruzó fugazmente mi mente: "...y yo que no era supersticioso..."

JUAN BARRERO GONZÁLEZ, 15 años.

Huelva

SEGUNDO PREMIO G.B.